



ina [Licencia Creative Commons](#)
[Licencia-CompartirIgual 4.0 Internacional](#)

Las (nuevas) guerrillas informacionales latinoamericanas
François Soulard
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 8, N.º 1, noviembre 2022
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

Las (nuevas) guerrillas informacionales latinoamericanas

The (New) Latin American Informational Guerrillas

François Soulard

francois@rio20.net

<https://orcid.org/0000-0002-4941-121X>

Observatorio de Comunicación, Ambiente y Desarrollo Sustentable
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Resumen

Desde la década del 90, en Latinoamérica se configuró un nuevo ciclo político que no solo estuvo relacionado con el estancamiento del consenso de Washington y el debilitamiento estatal sino fundamentalmente con las nuevas estructuras en el campo informacional.

Es entonces que se instaló en la región, una novedosa conflictividad que va más allá de la geopolítica, la económica y la informacional; en continuidad con las guerras mediáticas, se han iniciado las nuevas guerrillas informacionales.

Palabras clave

Conflictividad, guerra cognitiva, relaciones de fuerza, progresismo, Estados Unidos.

Abstract

Since the 1990s, a new political cycle was configured in Latin America that was not only related to the stagnation of the Washington consensus and the weakening of the state, but fundamentally to the new structures in the information field.

It is then that a novel conflict that goes beyond geopolitics, economics and information was installed in the region; In continuity with the media wars, the new informational guerrillas have begun.

Keywords

Conflict, cognitive warfare, power relations, progressivism, United States.

A finales de los años 1990, con el estancamiento del consenso de Washington y el debilitamiento de las estructuras estatales, empezó un nuevo ciclo político en América Latina que reconfiguró las fronteras trazadas en el campo informacional. Símbolo del rol desempeñado por muchos medios de comunicación concentrados, los grupos Cisneros y Venevisión en Venezuela se involucraban directamente en el golpe de Estado de abril 2002 que apuntaba al nuevo presidente electo Hugo Chávez. En 2004, el gobierno venezolano emprendía una contraofensiva a través de misiones territoriales dirigidas a la población, una reforma constitucional y del marco legal mediático (ley Resorte), la reestructuración de la Agencia nacional de información y el lanzamiento de Telesur. Tres años antes, las agencias USAID y NED habían multiplicado la financiación otorgada a la sociedad civil y los medios locales. Sus objetivos, necesariamente ocultos, eran: reforzar las instituciones democráticas, dividir al chavismo, aislar el líder venezolano en el escenario internacional, proteger los intereses vitales de los Estados Unidos. Así se iniciaba una guerra informacional, vigente hasta la fecha de hoy, confrontando concepciones del Estado, proyectos de sociedad e intereses económicos, librada no solo con la principal fuerza política de Venezuela sino con todas las fuerzas contestatarias del hemisferio sur, según intensidades y modalidades variables.

En aquel momento, el auge de la globalización liberal y la supremacía norteamericana en las redes de información imprimían una nueva fisionomía de la conflictividad. Se consolidaban concepciones de guerra centradas en las redes, de influencia cognitiva y nuevas formas de subversión. Más allá de estos nuevos términos, la matriz anglosajona de influencia es particularmente avanzada en este aspecto si uno lo compara con otras a nivel internacional.

En la región, la demanda ciudadana de nuevos derechos y expresiones comunicacionales coincidía con el surgimiento de nuevos líderes políticos dotados de fuertes habilidades para comunicar. Luiz Lula da Silva en Brasil, Néstor Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Hugo Chavez ya mencionado, todos portadores de visiones políticas contestatarias, confrontando y esquivando la resistencia de los conglomerados comunicacionales favorables al *statu quo*. Supieron vincularse con sus bases sociales y construir una radiación a nivel global.

A modo de ejemplo, el PT en Brasil y sus ramificaciones políticas lograban conseguir una o dos tapas en 2009 en *The Economist* consagrando el éxito brasileño, mientras se instalaba la idea de salto cualitativo del gigante brasileño en muchos sectores académicos y formaciones políticas del exterior. No solamente a la izquierda del espectro político como lo vemos también en Chile, Colombia y México, estas fuerzas políticas empujaron modificaciones del paisaje mediático gracias al activismo de la sociedad organizada (Uruguay en 2013, Bolivia en 2007, Argentina en 2009, Ecuador en 2013) en pos de desconcentrar y diversificar la "circulación de la palabra".

Con tal reconfiguración, cualquier episodio de crisis de estos gobiernos o de cuestionamiento a la trama de influencia de los medios dominantes abonó a la confrontación. Eran aprovechados por los conglomerados mediáticos y los opositores para desgastar a sus adversarios. Pero el campo contestatario (o progresista) supo desarrollar métodos contraofensivos que todavía quedan poco analizados en su profundidad estratégica. Los discursos dominantes fueron eficazmente polemizados, tratando de aprovechar las tensiones políticas mediante los nuevos espacios informacionales autónomos (redes sociales y web). La dimensión comunicacional de los líderes progresistas era medular en su desempeño político. En línea con la matriz rusa posterior a la Segunda Guerra Mundial, se recurrió al registro de la polarización clasista o de la victimización en nombre de la defensa de una agenda progresista (democratización, soberanía e igualdad) para denunciar las posturas del campo opositor y encubrir eventualmente errores propios.

En ciertos casos, se intentó frenar lo que podríamos denominar un *cercos cognitivo*, recurriendo al desabastecimiento del papel para la prensa (gobierno de Hugo Chávez), a la no renovación de las licencias audiovisuales, a la pauta publicitaria o al cambio de leyes mediáticas. También se usó el cambio de escala a nivel internacional para hacer vibrar la fibra antiimperialista y emancipadora, organizando encuentros internacionales sobre temáticas innovadoras.

Es en este contexto adverso para los seguidores de Washington y el campo anti-progresista que se instaló la lucha moral contra la corrupción. La corrupción fue construida como un campo moral capaz de alterar la legitimidad de los actores políticos y activar un nuevo terreno ofensivo. La investigación de las conductas de corrupción en el ámbito político (no solo en las figuras progresistas), mediante acciones coordinadas en los campos mediáticos, judiciales y políticos, alcanzó una alta capacidad de influencia e inclusive de desestabilización de fuerzas políticas. Así, Pablo Kuczynski y Ollanta Humala en Perú (2017 y 2018) o Dilma Rousseff en Brasil (2014) tuvieron que renunciar a su mandato presidencial. De un modo u otro, múltiples figuras políticas de todos los países de la región fueron sujetos de presión o persecución, a excepción tal vez de Costa Rica, Chile y Uruguay.

A partir de los años 2010, ante esta nueva puja informacional y el desgaste de los proyectos progresistas, se modificaron las relaciones de fuerza. Las confrontaciones tendieron a mutar más hacia una guerra de posición que hacia una guerra de movimientos ofensivos con contenidos semejantes al estilo del progresismo anterior. La meta pasó a ser la ocupación del espacio informacional, la propaganda más defensiva o el ataque del adversario más que la movilización social capaz de ampliar la legitimidad política y el compromiso ciudadano. En un contexto económico más adverso, las polarizaciones políticas se profundizaron. El espacio informacional fue aprovechado, cualquier sea el color político, para compensar importantes debilidades y encubrir maniobras de poder.

Algunos hechos se destacan para el observador crítico que acepta enriquecer su percepción por fuera de los sesgos artesanos. El Partido de los Trabajadores en Brasil desarrolló un uso astuto de la información para ocultar el derrumbe de su economía a partir de 2014 y la amplia arquitectura de compra de lealtades detrás del velo de un golpismo urdido por los sectores conservadores. Esta influencia funcionó eficazmente y a tal punto que paralizó la capacidad de comprensión de lo que ocurrió en Brasil, primero a partir de las movilizaciones sociales del 2013 y luego con el surgimiento del bolsonarismo. En otra latitud, el MAS en Bolivia teatralizó de modo inédito un golpe de Estado en octubre 2019 en pos de esconder la contradicción de su propia manipulación electoral (octubre 2019) y esquivar la posibilidad de un nuevo escrutinio organizado esta vez de modo regular. El movimiento ciudadano reclamó al partido oficialista respetar el marco constitucional, mientras la renuncia caótica del ejecutivo generó un vacío de poder ocupado por el gobierno de transición. En Argentina, se enfatizó la confrontación con los actores financieros y opositores para

esquivar el freno del dinamismo económico a partir de 2013 y la dispersión de las alianzas políticas. El macrismo logró ganar las elecciones de 2015, apoyándose sobre un conjunto de narrativas modernizadoras (encubriendo un proyecto económico insolvente). En Ecuador, el candidato indígena Yaku Pérez fue blanco de estigmatización inclusive por el campo progresista en la elección general de 2021 en pos de erosionar su candidatura.

En definitiva, el uso conflictivo de la información fue inseparable del auge de los gobiernos progresistas a finales de los años 90. Con creatividad y combatividad, las formaciones progresistas (y luego sus competidores) tuvieron que renovar las estrategias de guerra de información mediante el contenido en pos de conquistar opiniones, incidir en las relaciones de fuerza desde una posición de actores dominados. Cada campo aprendió a practicar una gramática de conflictividad, de influencia y subversión, para aprovechar las coyunturas tácticas y las evoluciones más amplias. La trama de intereses foráneos nunca dejó de ejercer su influencia, de forma positiva o negativa. Los ecosistemas de medios desempeñaron un papel importante para ambas fuerzas, dominadas o dominantes. La emergencia de lo digital tuvo relevancia para multiplicar los espacios autónomos de información en pos de desbordar los conglomerados mediáticos. Pero más que las redes digitales, los factores humanos y organizacionales fueron vertebrales.

En paralelo, otros terrenos y actores hicieron crecer esta trama conflictiva. El campo ambiental es hoy un terreno medular para impactar en los escenarios políticos y conquistar mercados. Lo es en la medida en que lo ambiental – de modo semejante a los derechos humanos, el feminismo o la corrupción – activa una fuerza moral capaz de orientar las opciones subjetivas y políticas en las sociedades. Así, en nombre de la protección de la Amazonia, algunos grupos industriales encubren estrategias de conquista del mercado económico brasileño y de incidencia directa en su política interior. La actual carrera electoral en Brasil está atravesada por esta dinámica.

Ahora bien, luego de veinte años de confrontación ¿existe un claro vencedor en estas batallas? Pese a múltiples ofensivas, cabe recalcar que ningún cambio de régimen o revolución de color ha sido implementado exitosamente por los cómplices inmediatos o lejanos de los intereses norteamericanos en la región. Al contrario, tanto en Venezuela, como en Bolivia, Brasil, Ecuador y Argentina por citar solamente ellos, se viven situaciones de empate y de polarización donde ninguna fuerza es capaz de imponer mayoritariamente su proyecto político, los sectores conservadores ofreciendo generosas inconsistencias para ser aprovechadas por sus competidores.

El "patio trasero" de antaño transitó hacia un lugar disputado por otras potencias que abre un nuevo ciclo de posibilidades y dependencias. El poder de los monopolios mediáticos fue relativizado, aún con la nueva ola de concentración vinculada a la convergencia tecnológica y a la reforma (o no) de los marcos regulatorios. Esto autoriza a pensar que la influencia se trasladará más en el campo del modelaje cognitivo, es decir de la influencia ejercida mediante la producción de conocimientos, el campo cultural, las normativas y la formación de las élites. Las universidades juegan un papel central en esta influencia, como lo evidencia la fisonomía del *soft power* chino en la región.

El nuevo espacio informacional ha permitido revertir la relación entre los actores débiles y los fuertes. Amplió los márgenes de los actores políticos contra-hegemónicos. A lo largo de estas dos décadas, las formaciones políticas se nutrieron de distintas culturas estratégicas del combate comunicacional: komintern, gramscismo, marxismo, agitprop, maoismo, mientras los actores conservadores recurrieron en general a estrategias de tipo *social learning*, cerco cognitivo y propaganda. El campo de prácticas comunicacionales se amplió, siempre en relación con el despliegue de las agendas sociopolíticas.

Estas fisionomías, operando en distintos planos y temporalidades, afloran pocas veces en la superficie del debate mediático y ciudadano. Los medios de comunicación tienden a segmentar o puntualizar la descripción de los conflictos. Salvo excepción, el periodismo de investigación estudia casos particulares, sin sintonizarse con la lectura más estratégica que entrama los terrenos mediáticos, políticos, judiciales y económicos. Una noción como el *lawfare* solo abraza una parte del abanico de estrategias que se desarrollan. Por otra parte, los dogmatismos que pueblan el campo intelectual y político no ayudan mucho a abrir nuevas vías conceptuales. Si bien estas modalidades se diseñan y se practican, no existen referencias conceptuales consolidadas permitiendo contemplar estos fenómenos desde un marco renovado de análisis. Se trata de una tarea pendiente para la academia y la ciudadanía.

Mientras tanto, se va instalando una nueva conflictividad geopolítica, económica e informacional en la región. Otro ciclo ha comenzado. En continuidad con las guerras mediáticas, empiezan nuevas guerrillas informacionales.

Referencias

- AVRIL, V., Vincent CASSARD V., DUBOIS J.-R., FEDERECI L., MEYER M. (2021). *Análisis de la confrontación informacional en Venezuela (1998-2019)*. París. Francia: Escuela de guerra económica. <https://www.ege.fr/infoguerre/analyse-de-la-confrontation-informationnelle-au-venezuela-1998-2019>
- CARFANTAN J.Y. (2018). *Brésil. Les illusions perdues. Du naufrage au redressement*. François Bourin.
- DÍAZ CUELLAR V. (2020). *Réquiem para el "proceso de cambio" en Bolivia*, Bolivia: Control Ciudadano. Recuperado de <https://cedla.org/publicaciones/cedla/control-ciudadano-32-requiem-para-el-proceso-de-cambio/>.
- GOLINGER E., ALLARD J.G. (2014). *USAID, NED y CIA. La agresión permanente*, Venezuela: Ministerio del poder popular para la comunicación y la información.
- HARBULOT C., LUCAS D. (2005). *La guerre cognitive*.Lavauzelle.
- RUIZ, F. (2014). *Guerras mediáticas. Las grandes batallas periodísticas desde la Revolución de Mayo hasta la actualidad*. Sudamericana.
- SOULARD F. (2021). *El cerco cognitivo del MAS y el movimiento insurreccional de finales de 2019 en Bolivia*. <https://dunia.earth/es/cerco-cognitivo-bolivia/>
- SOLANA P. y SZALKOWICZ G. (2017). *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista*. Sudestada.